

EL MUNDO

'Toda la soledad sólo me compensa cuando salgo al escenario'

- **Concha Velasco reaparece en Zaragoza después de la enfermedad con 'Olivia y Eugenio', un ajuste de cuentas con la vida lleno de humor y optimismo que protagoniza junto a un actor con síndrome de Down.**



Fotografía: TONI GALÁN

[ESTHER ALVARADO](#) Zaragoza

Actualizado: 28/09/2014 04:53 horas

[3](#)

Sale la dama vestida de Lorenzo Caprile por el foro del Teatro Principal de Zaragoza y **el patio de butacas, lleno a rebosar, contiene el aliento**. Ahí está Concha Velasco, en pie, sobre las tablas, como hace seis meses ni ella misma pensaba que pudiera volver a verse.

Avanza con paso decidido mientras Hugo Aritmendiz, un actor con síndrome de Down representa su papel de coprotagonista. Es la primera escena de 'Olivia y Eugenio' y la mirada de Concha Velasco se ve, desde las butacas, tan brillante como siempre. **Es actriz desde que era niña y ya ha subido el telón**. Bien sabe ella qué es lo que toca.

El esperado regreso de la actriz vallisoletana a los escenarios tuvo lugar el viernes a las 20.30 horas con un texto del autor peruano Herbert Morote que es un auténtico desafío a la fortaleza. La actriz interpreta a Olivia, una mujer de su tiempo, tocada por las enfermedades y el desgaste físico, que afronta un diagnóstico de cáncer (ahí empiezan las coincidencias), **con todo el terremoto sentimental que ello conlleva**. Porque Olivia no es sólo Olivia; es Olivia y Eugenio, ineludibles e inseparables; su hijo con síndrome de Down al que cuida en solitario desde que su marido falleció.

Son demasiadas casualidades y **Concha está aún muy tierna; se emociona varias veces durante la entrevista**, pero no deja de hablar a tumba abierta; como es ella, recordando a esa Olivia que se sincera con un hijo que ni ella misma sabe si la entiende del todo. «Es una función muy dura para mí. Sin querer me involucro porque hay cosas que me afectan. He tenido una enfermedad, he tenido un marido y tengo una enorme soledad. Sé que he sido una madre coraje, una hija coraje y una esposa coraje, pero no se me debe notar cuando estoy en el escenario», asegura.

Eso es exactamente lo que hace: se pone la coraza y sale a batallar durante una hora y media en posición casi de monólogo constante con un texto que, pese a que ronda todo el tiempo la idea del suicidio, es casi una comedia.

Al menos el público se ríe con la ternura y espontaneidad con la que Eugenio (que también estará interpretado por Rodrigo Raimondi) contesta a su madre, y también porque reconoce los tonos graves cómicos de la actriz y esa capacidad innata que tiene de hacer de los golpes de la vida un suave artículo de broma. **Para todos, Concha Velasco ha vuelto como si no se hubiera ido**, siendo ella misma en lo fundamental: la misma actriz corajuda, valiente, poderosa y fascinante, con esa capacidad innata para parecer la madre de cualquiera de nosotros.

Ya lo hizo en 'Yo lo que quiero es bailar', el monólogo lleno de gags agrídulces que interpretaba sobre su propia trayectoria vital (un 'one

woman show' clásico) antes de enfundarse en aquella trágica 'Hécuba' con la que llegó a lo más alto del teatro y **que tuvo que abandonar por culpa de una serie de enfermedades en cadena.**

Varios meses pendiente de un hilo y cuatro operaciones después (una de ellas por una peritonitis que hizo temer por su vida), Concha vuelve a un proyecto que ya había acariciado antes de caer enferma.

Poder con el alma

Jesús Cimarro, director de Pentación (productora de las obras en las que Concha ha actuado en los últimos años) y José Carlos Plaza, su director fetiche, le pusieron el texto por delante hace tres años, «antes de meterme con 'Hécuba'. Pero yo entonces tenía muchas ganas de hacer aquel personaje trágico que **nadie había hecho nunca en España; ni siquiera Margarita Xirgú ni Nuria Espert**», explica.

Así que Olivia tuvo que esperar a 'Hécuba', que se estrenó en el Festival de Teatro Clásico de Mérida en 2013, y a una gira que hubo que suspender porque Concha no podía con su alma. Hace tres meses, cuando ya se recuperaba de la última operación, volvió a caer el texto de Morote en sus manos y ella estuvo a punto de rechazarlo porque no se veía con fuerzas.

«Han sido ensayos muy duros, largos y cansados; ayer fue el primer día en que disfruté de verdad», asegura. Para una prueba así Concha Velasco tenía que ponerse en manos de alguien en cuyos ojos se viera reflejada; como José Carlos Plaza. «Yo dirijo eligiendo», bromea la actriz. «Mi suerte es que me han dicho que sí los directores que yo he elegido: Plaza, Pou, Josefina Molina, Marsillach...».

Ni Cimarro ni Plaza aceptaron un no por respuesta. La dejaron descansar mientras maduraba su decisión. «Jesús Cimarro es una persona excepcional; ama el teatro y se nota en todo lo que hace. Yo no puedo más que estarle agradecida». Por eso se ha metido entre algodones; para no volver a caer enferma: «**Como lo justito y el lunes tengo que ir a revisión a Madrid**». Tampoco se puede medicar, así que para proteger su garganta y suplir la inexperiencia de los dos actores que se turnan para interpretar a su hijo, **todos llevan micrófono.**

Al final, por supuesto, su decisión fue un sí, un teatro lleno (habrá gira por España y parada en Madrid, del 6 de noviembre de 2014 al 25 de enero de 2015 en el Teatro Bellas Artes), un público de pie y un emotivo discurso al terminar la función. «Después de un tiempo alejada de los escenarios, he sido muy afortunada de poder volver y de hacerlo en este teatro, con este texto maravilloso y con la dirección de José Carlos Plaza que tan bien me conoce. Y, principalmente, con Hugo, que **no sólo es un muchacho con síndrome de Down; es un grandísimo actor** porque ésta ha sido la primera vez que hace una representación toda seguida», dijo mientras el interpelado se emocionaba con la cerrada ovación del público.

Precisamente, trabajar con dos chicos con síndrome de Down ha sido todo un aprendizaje para Concha. «Al principio fue muy difícil porque ellos necesitan tener a sus padres cerca siempre. Empezábamos por la primera escena en la que yo les grito y

les regañó mucho y ellos se marchaban. Pero en los últimos meses, la persona que más me besa y me quiere es Hugo; es un hijo para mí y eso se nota. Yo sé cuándo tiene sed, me preocupa cuando noto que quiere ir al baño y se pone nervioso...», comenta.

Olivia y Eugenio ha enamorado, de principio a fin, a todos los implicados. Sobre todo al productor que, al acabar la función el día del estreno, valoraba el enorme esfuerzo de la actriz y **la calidad de una historia que Morote sacó de su propia experiencia vital**. Padre de un hijo con síndrome de Down, el autor pone negro sobre blanco en el texto de la obra todos los contrasentidos y sinsabores que le reporta sociedades como la nuestra a personas como Eugenio. «Pero, ¿quién es más feliz que tú?», se pregunta su madre: ¿un actor famoso, un ejecutivo, un cirujano plástico...?

Así, mientras le da vueltas a la idea del suicidio en un simbólico escenario lleno de puertas abiertas (todas menos una), Olivia habla consigo misma y con su hijo en un sincero ajuste de cuentas con la vida. **Sin pudor, reconoce la vergüenza inicial que le dio parir un hijo «así»** («quitémonos las máscaras: nadie puede aceptar con alegría una tragedia tan grande», dice), su enamoramiento repentino del pequeño en el trance de la lactancia y la defensa de su lugar en el mundo por encima de todas las cosas.

«¿Quién decide qué es normal y qué no lo es?», pregunta Olivia a un Eugenio que es en sí mismo una respuesta. ¿Son normales los corruptos, los violadores de niños, los maltratadores, los falsos amigos, los violentos...? Se interroga atacando la doble moral de una sociedad que asume aberraciones como normales («los corruptos que nos roban deberían estar en la cárcel, pero no lo están, están libres», denuncia ella ante el inocente estupor del muchacho) y condena al ostracismo a seres como Eugenio. «Ya quisiera la madre de un terrorista haber tenido un hijo como tú». Y la dignidad del comentario cae como una losa.

«Creo que en cada momento hago política con los textos que interpreto», asegura la actriz. «'Olivia y Eugenio' es oportunísima. Yo siempre hago una declaración de principios en las obras que elijo. En ésta, sobre el derecho a una muerte digna. Ayer lo dije por primera vez con el sentido que realmente tiene: 'Nadie aprueba la eutanasia hasta que te afecta a ti; claro'».

Pese a la fuerza de las reivindicaciones y la postrera energía de la madre, Olivia sigue contemplando la idea del suicidio, pero no la dramatiza con **discursos sentimentaloides**. Ella ya pasó esa etapa. Ahora se enfrenta a lo prosaico, lo ordinario; como un suicida que duda de la resistencia de la sogá y tiene problemas para hacer bien el nudo corredizo.

Ni Dios se libra de los reproches de Olivia, que rechaza la decrepitud de la vejez («Me he resignado a hacerme mayor, pero no me veo haciéndome vieja», dice); ni el sistema financiero («confiar en los bancos hoy es un chiste de mal gusto»); ni su propia familia («a tu padre le tocó la lotería dos veces: cuando se casó conmigo y cuando se murió mientras dormía»). Pero todo con la suave ayuda desdramatizadora de la ingenuidad de Eugenio que, sin querer, abre una alternativa, obliga a Olivia a pensar si no hay otra solución o al menos no merece la pena postergarla. «Haz un esfuerzo», le dice su hijo, y Concha/Olivia sonrío con los ojos y con la boca, alarga los brazos y arranca a bailar.

«Esta mañana me he levantado un poco triste porque yo tengo que renunciar a muchas cosas. Yo soy de esto (el espectáculo) desde que tenía 10 años, pero es verdad que estoy sola una vez más. Ayer vinieron mis hijos y no los he podido ver. Ya se han ido, y yo siento que tengo una enorme soledad», confiesa de pronto **Concha Velasco con la voz tomada por un suave ataque de congoja**.

La confesión la hace en un tono íntimo que exige respeto y escucha: «Si yo hiciera una íntima biografía de mi vida te diría que es una enorme soledad. Cuando era niña fue la soledad de los camerinos compartidos con muchas compañeras. Después, la de los palcos en los que tenía que dormir porque no tenía dinero y ahora es la soledad de un hotel de cinco estrellas, de comer sola y de estar sola. **De todo eso sólo me compensa cuando salgo al escenario**».

Ella, que recibió en agosto el premio Emérita Augusta que otorga el Festival de Mérida, sabe que, «como actriz, tengo una carrera impecable. Cada vez que me dan un premio y mis compañeros se ponen de pie para aplaudirme es lo más gratificante que me puede pasar porque sé que no les he defraudado». Se nota el orgullo justificado y la felicidad en el tono, que, de pronto, se empaña: «Carrera profesional, estupenda; vida personal, equivocada, salvo mis hijos y mis nietos, claro».

Hay momentos de la conversación en los que uno no sabe muy bien con quién está hablando, porque Concha firmaría sin dudarlas palabras de Olivia. Quizá hoy (porque el cielo empieza a ponerse gris y se espera tormenta) las más tristes. «Lo que ahora mismo más me apena, es decir en el escenario: 'Nunca he podido hacer lo que realmente me hubiera gustado'...».